

EL TRABAJO DE CRISTO EN NAZARET. DIVERSAS CLAVES DE LECTURA TEOLÓGICA

*Antonio Aranda**

1. Introducción. 2. El trabajo de Jesús en el magisterio contemporáneo. 3. El trabajo de Jesús en Nazaret en la reflexión teológica. 4. El trabajo de Jesús en Nazaret, en dos autores espirituales del siglo XX.

1. INTRODUCCIÓN

La mayor parte de los investigadores se muestran escépticos ante la empresa de escribir una biografía de Jesús, aunque, como es lógico, se puede intentar ahondar con mayor exactitud en algunos de sus aspectos concretos. Al estudiar tales aspectos, se ha de entrar en diálogo –como ha hecho, por ejemplo, en nuestros días, Benedicto XVI en su *Jesús de Nazaret*– con exégetas pasados y presentes, discerniendo la componente histórica de sus interpretaciones y preguntándose sobre cómo atañen a nuestra fe.

En nuestro tema, sin embargo, eso va a ser poco útil, pues vamos a reflexionar sobre un punto –el trabajo de Jesús en Nazaret– del que carecemos de referencias históricas precisas. Los exégetas sólo se detienen a interpretar lo que encuentran en el texto sagrado, y en ese sentido, aunque al comentar los Evangelios de la infancia aludan –de modo más o menos escueto– a la vida de Cristo y de la Sagrada Familia en Nazaret, no se interesan particularmente por la cuestión que aquí estudiamos. Así se explica también, por ejemplo, que Joseph Ratzinger, en la obra mencionada, no dedique a nuestro tema ninguna línea.

* Universidad de Navarra.

Tenemos, no obstante, la certeza –ciertamente no pequeña– aportada por los testimonios de san Mateo, san Marcos y san Lucas de que Jesús, habitó en aquella pequeña ciudad de la Baja Galilea (cfr. Mt 2,23; 21,11; Mc 1,9; Lc 2,39.51), en la que permaneció unos treinta años (cfr. Lc 3,23), y donde era conocido por sus conciudadanos como alguien que desempeñaba un oficio de artesano –*tekton*– (cfr. Mc 6,3), el mismo que había ejercido también José, que era tenido por padre suyo (cfr. Mt 13,55), y le habría transmitido como era habitual la oportuna capacitación¹. Aunque los datos sean así de concisos y no exista más documentación específica al respecto, cabe plantear una reflexión, no ya histórica pero sí teológica, sobre la cuestión que deseamos estudiar con el fin de desvelar algunos de sus elementos. La teología, en efecto, en diálogo con los estudios exegéticos e históricos sobre el tema –más bien exiguo–, y con apoyo en las aportaciones –asimismo poco frecuentes– de la tradición espiritual y doctrinal sobre el trabajo de Jesús, es capaz de traer a la luz ciertos aspectos implícitos en los relatos evangélicos. Eso es lo que aquí pretendemos razonar.

No es esta la primera vez que nos ocupamos de la cuestión, pues la hemos abordado, al menos indirectamente, con ocasión de anteriores investigaciones sobre el pensamiento teológico-espiritual de san Josemaría Escrivá, centrado a su vez, como es bien sabido, en la santificación del cristiano en y a través de su trabajo ordinario, contemplado bajo la luz que procede del trabajo del hombre Cristo Jesús en el taller de Nazaret a lo largo de casi toda su vida terrena². Esto significa que en el presente

¹ El autor judío Joseph KLAUSNER, *Jesús de Nazaret*, Paidós, Barcelona 1989, tras indicar que en textos de la literatura judía casi contemporáneos de Jesús se mencionan no menos de cuarenta tipos de artesanos (sastres, zapateros, constructores, albañiles, carpinteros, molineros, panaderos, curtidores, etc.), señala: “Los oficios pasaban de padres a hijos, según lo explica la expresión del Talmud: ‘carpintero e hijo de carpintero’. La tradición judeo-cristiana dice que Jesús y su padre eran carpinteros” (171).

² Dejamos aquí constancia de algunos de esos estudios: a) *Identidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado*, Roma 2002, en: Mariano FAZIO (a cura di), “La grandezza della vita quotidiana. Vocazione e missione del cristiano in mezzo al mondo”, Edusc, Roma 2002, 175-198.– b) *Trabajo diario santificado y santificador. Sobre la contribución de san Josemaría Escrivá a la espiritualidad y a la teología*, en: J. BOROBIA (et al.), “Trabajo y espíritu. Sobre el sentido de las enseñanzas de san Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo”, Eunsa, Pamplona, 2004, 19-44.– c) “*Es Cristo que pasa*”. Ed. crítico-histórica, Rialp, Madrid 2013, especialmente el estudio de la homilía “En el taller de José”, pp. 321-372.– d) “*Amigos*

estudio partimos de ideas sostenidas en dichas investigaciones previas, y ampliamente meditadas. Por eso mismo, estamos en condiciones de adelantar a este momento inicial la tesis que sostenemos, cuyo contenido sustancial se puede sintetizar así:

- 1) En el trabajo cotidiano de Jesús durante los treinta años de su vida en Nazaret se encuentra tácitamente revelado el significado último del trabajo, como cauce de la relación creacional del hombre como persona con Dios –de quien es imagen–, y con el mundo impersonal, que ha sido puesto bajo su cuidado.
- 2) Para quien conoce por medio del Evangelio los elementos sustanciales de la vida pública de Jesucristo –la gloria del Padre, el cumplimiento de su voluntad, la venida del Reino, la salvación de todos los hombres a través de la propia donación, etc.– no plantea especiales interrogantes el significado de su vida oculta y de su trabajo cotidiano en Nazaret. Es más, de algún modo resplandece en la unidad de su ser y su misión.
- 3) En el trabajo de Jesús es necesario considerar, ante todo, lo que es exigencia ineludible de la perfección de su humanidad (verdadera humanidad del Verbo encarnado). Pero no solo eso, pues considerado desde otras claves teológicas, y en concreto como trabajo del Hijo de Dios hecho hombre, significa también un obrar plenamente conforme con su condición filial y con su asentimiento a la misión recibida del Padre.
- 4) Si el Hijo de Dios ha asumido en Nazaret, con naturalidad y cotidiana dedicación, el trabajo humano, se debe asimismo mantener que ese trabajo –a causa de quien lo realizaba y de la finalidad con la que era realizado– ha sido también santificado. Además de ser una obra humanamente perfecta, ese trabajo es también –diciéndolo con palabras de san Josemaría– “tarea divina, labor redentora, camino de salvación”³.
- 5) Cabe afirmar entonces – aunque esta cuestión no pertenece directamente al tema que aquí estudiamos, y no nos detendremos en ella– que la santificación del trabajo y por medio del trabajo es un signo

de Dios”. Ed. crítico-histórica, Rialp, Madrid (en prensa), especialmente el estudio de la homilía “Trabajo de Dios”.

³ Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 55.

de la plenitud cristológica de la imagen divina en el hombre: algo, por tanto, que en Cristo hombre, y hombre trabajador, se nos ha dado a conocer.

- 6) Se ha de destacar, en fin, que Jesús, tanto en los años de su vida pública como en los de su existencia escondida en Nazaret, ha querido mostrar el significado y contenido de una vida ordinaria, sellada ciertamente por la caridad, la humildad, el desprendimiento, el espíritu de servicio, etc., pero marcada también por el trabajo humanamente bien hecho, con el deseo de dar gloria al Padre, de servir a los hombres y de cuidar de la creación: una vida, pues, de trabajo santificado, convertido en obra de amor⁴.

Estas son las conclusiones a las que llegaremos al final de estas reflexiones. Antes, sin embargo, de llegar a ellas y justamente para lograrlo, es preciso prestar atención a distintos aspectos históricos y teológicos, comenzando por recordar algunas aportaciones sobre el tema.

2. EL TRABAJO DE JESÚS EN EL MAGISTERIO CONTEMPORÁNEO

En la enseñanza doctrinal de la Iglesia ha ocupado siempre un lugar de honor la proclamación y defensa del dogma de la perfecta divinidad y perfecta humanidad del Verbo encarnado⁵. En esa verdad, fundamento esencial de la fe cristiana, se halla también incluida de forma implícita –como en su raíz dogmática– la cuestión que estudiamos, que sin embargo sólo ha sido abordada explícitamente por el magisterio en época reciente, en diálogo con la cristología contemporánea. Ésta, en efecto, ha ido interesándose cada vez más en el estudio de la perfecta humanidad de Cristo, como punto de luz para penetrar con

⁴ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 72.

⁵ Así lo confiesa, por ejemplo, el Concilio de Calcedonia en su Credo: “Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado” (Denzinger-Hünemann 301).

más hondura en el misterio de su misión redentora. Algo semejante ha sucedido con las enseñanzas magisteriales, y más concretamente con las que se han ocupado de nuestro tema, de las que hacemos una breve selección.

a) Constitución pastoral *Gaudium et spes*

Un reflejo del renovado interés por la santa humanidad de Cristo ha quedado recogido en diversos pasajes del Vaticano II, y en particular en aquel de *Gaudium et spes*, tan frecuentemente invocado, en el que, tras afirmar que: “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”, se hallan unas palabras que son a su vez una fuente de inspiración teológica:

“El que es imagen de Dios invisible (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado”⁶.

En este pasaje conciliar, y en otros posteriores del mismo documento, está contenido lo sustancial de nuestro tema: Cristo, como verdadero hombre del trabajo, ilumina el altísimo sentido de la actividad humana realizada cara a Dios, y desvela su eminente dignidad. “Quien sigue a Cristo, Hombre perfecto –dirá el Concilio–, se hace él también más hombre”⁷. El trabajo de Cristo en Nazaret, podemos glosar, está revelando al hombre el sentido de su trabajo, mostrándole la eminente dignidad que le ha dado laborando con las propias manos⁸.

⁶ CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

⁷ *Ibid.*, n. 41.

⁸ Cfr. *ibid.*, n. 67.

b) Encíclica *Laborem exercens*

Las ideas anteriores han sido ampliamente desarrolladas a lo largo de su pontificado por san Juan Pablo II⁹, principalmente en la Encíclica *Laborem exercens*¹⁰, documento central para reflexionar sobre nuestro tema, en la que expone lo que denomina “el Evangelio del trabajo”, esto es, el significado que el trabajo del hombre tenía ante los ojos de Dios desde el inicio de la creación, revelado de forma suprema en Cristo, con Quien la actividad humana ha entrado también en la obra de la salvación¹¹.

“Jesús cumplía con su trabajo –señala Juan Pablo II– el «evangelio» confiado a él, (...) pues el que lo proclamaba, Él mismo era hombre del trabajo, del trabajo artesano al igual que José (cfr. *Mt* 13, 55)”. Y, en ese sentido, “la elocuencia de la vida de Cristo es inequívoca: pertenece al

⁹ Antes también se había hecho eco de ellas el beato PABLO VI en la homilía que pronunció precisamente en Nazaret, a la que denomina: “Escuela de iniciación para comprender la vida de Jesús. Escuela del Evangelio” en la que se aprende a penetrar en el sentido de la Encarnación, y a “comprender quién es Jesucristo”). Las dos lecciones más características que allí se imparten son la “lección de vida doméstica” (“Enseñe Nazaret –dice el Papa– lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología” y la “lección de trabajo” (“¡Oh Nazaret, oh casa del “Hijo del Carpintero”, cómo querríamos comprender y celebrar aquí la ley severa y redentora de la fatiga humana; recomponer aquí la conciencia de la dignidad del trabajo; recordar aquí cómo el trabajo no puede ser fin en sí mismo y cómo, cuanto más libre y alto sea, tanto lo serán, además del valor económico, los valores que tiene como fin”).

¹⁰ AAS 73 (1981) 577-647.

¹¹ Como sugiere José Luis Illanes, Juan Pablo II nos sitúa “frente al núcleo de donde esa potencialidad del trabajo deriva, a saber: frente al hombre considerado en la plenitud de su verdad. El hombre no se explica desde el trabajo, sino que, al contrario, es el trabajo lo que se explica desde el hombre. Es el hombre, ser abierto a un destino espiritual quien, en virtud de ese destino, da vida al trabajo y lo dota de sentido. (...) Ese es el ‘Evangelio del trabajo’, el anuncio alegre la buena nueva que la palabra de Dios transmite al hombre, hecho para el trabajo: que él, el hombre, es persona, y que lo es también y precisamente en su trabajo, que el trabajo nace de su ser como persona y está al servicio de su personalidad y que esta verdad debe condicionar la fisonomía de todo el proceso laboral” (José Luis ILLANES, *Ética y teología del trabajo*, en: F. FERNÁNDEZ (dir.), “Estudios sobre la Encíclica *Laborem exercens*”, BAC, Madrid 1987, 735-757; aquí, 741; cfr. ID., *Trabajo, historia y persona: elementos para una teología del trabajo en la ‘Laborem exercens’*, en “*Scripta Theologica*” 15 (1983) 205-231).

«mundo del trabajo», tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano; se puede decir incluso más: mira con amor el trabajo, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios, Creador y Padre¹².

Aunque nos apartemos brevemente de nuestro tema y entremos en el terreno de la espiritualidad del trabajo, que no es ahora nuestro objetivo¹³, hay otro punto de luz en la doctrina de *Laborem exercens* que no queremos dejar pasar. “Existe todavía –se lee en la encíclica– otro aspecto del trabajo humano, una dimensión suya esencial, en la que la espiritualidad fundada sobre el Evangelio penetra profundamente. Todo trabajo –tanto manual como intelectual– está unido inevitablemente a la fatiga¹⁴, como consecuencia del pecado. Al detenerse en este aspecto, Juan Pablo II, a la luz de la obra de la redención, considerada también como “trabajo” de Cristo, va a conducir su reflexión a un terreno teológico particularmente profundo. Esta obra, ese “trabajo” de la salvación, ha sido realizado a través del sufrimiento y de la muerte de cruz. Y por esa razón, señala la encíclica, “soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su

¹² Enc. *Laborem exercens*, n. 26.

¹³ Estamos limitando nuestras reflexiones a la consideración del trabajo de Jesús en Nazaret, del que se desprenden tantas consecuencias para el trabajo realizado con espíritu cristiano, pero no entramos aquí en éstas. Nuestro tema directo no es, pues, la espiritualidad cristiana del trabajo, aunque hagamos ahora una pequeña incursión en ese terreno de la mano de Juan Pablo II, que razonando desde la inseparable unidad en Cristo entre persona y misión, advierte la poderosa luz que el misterio pascual (la obra salvífica de Cristo) arroja sobre el significado profundo del trabajo humano realizado *en Cristo*. En el artículo antes citado, José Luis ILLANES lo comenta así: “¿Qué significa la expresión ‘espiritualidad del trabajo’ tal y como Juan Pablo II la emplea en la *Laborem exercens*? Su significado es claro: vivencia cristiana del trabajo, realización del trabajo asumiendo de modo existencial y vivo la verdad sobre la presencia y el amor divinos que revela el Evangelio. Como dice el texto mismo de la encíclica (n. 24): «el esfuerzo interior del espíritu humano, guiado por la fe, la esperanza y la caridad, con el fin de dar al trabajo del hombre concreto, con la ayuda de estos contenidos (los propios del mensaje cristiano), aquel significado que el trabajo tiene ante los ojos de Dios, y mediante el cual entra en la obra de la salvación»” (*Ética y teología del trabajo, cit.*, pp. 755-756).

¹⁴ *Ibid.*, n. 27, que lleva por título: “El trabajo humano a la luz de la cruz y la resurrección”.

vez la cruz de cada día (cfr. Lc 9, 23) en la actividad que ha sido llamado a realizar”¹⁵.

c) Discurso de Benedicto XVI en el Collège des Bernardins

Benedicto XVI hace también mención del trabajo de Jesús desde una perspectiva teológica singular, en un importante discurso de 2008 en París. Tras comentar, en el contexto del *quaerere Deum* propio de los monjes medievales, la primera parte del motto “*ora et labora*”, se refiere a la segunda (“*labora*”), considerada en clave de trabajo manual, como parte constitutiva del monaquismo cristiano, recordando la doctrina de san Benito y de san Agustín.

El pasaje del discurso que nos interesa destacar es aquel en el que, para subrayar el contraste entre la concepción greco-romana y la concepción cristiana del trabajo físico, alude al trabajo de Dios en la creación, como analogado supremo, podríamos decir (no es una expresión que utilice el Papa en este contexto), del trabajo de Cristo en la tierra y del trabajo de los hombres como expresión de su semejanza con Dios y de su participación en la obra de la creación. “El mundo greco-romano no conocía ningún Dios Creador –comenta el Pontífice–; la divinidad suprema, según su manera de pensar, no podía, por decirlo así, ensuciarse las manos con la creación de la materia. «Construir» el mundo quedaba reservado al demiurgo, una deidad subordinada. Muy distinto el Dios cristiano: Él, el Uno, el verdadero y único Dios, es también el Creador. Dios trabaja; continúa trabajando en y sobre la historia de los hombres. En Cristo entra como Persona en el trabajo fatigoso de la historia. «Mi Padre sigue actuando y yo también actúo» (Jn 5,17). Dios mismo es el Creador del mundo, y la creación todavía no ha concluido. Dios trabaja, *ergázetai!* Así el trabajo de los hombres tenía que aparecer como una expresión especial de su semejanza con Dios, y el hombre, de esta manera, tiene capacidad y puede participar en la obra de Dios en la creación del mundo”¹⁶.

En su discurso, Benedicto XVI no dice nada más al respecto, pero podemos quedarnos con esta valiosa idea teológica, ajustable a nuestro

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso en el Collège des Bernardins*, París 12-IX-2008.

tema. Con su trabajo en Nazaret, el Dios hecho hombre, que como Creador ha hecho al hombre a su imagen y le ha dado la capacidad de trabajar, desvela la dignidad del trabajo como medio de participación del hombre en la obra de la creación y, más aún, en la obra de reconducir todo lo creado con Cristo hasta el Padre.

d) Encíclica *Laudato Si'*

En su Encíclica de 2015, cuyo argumento de fondo es el cuidado de la tierra, nuestra casa común, Francisco, apoyándose expresamente en *Laborem exercens*, hace referencia en distintas ocasiones a la doctrina que venimos recordando: al trabajo humano, a la dignidad que le concierne, a su dimensión subjetiva, etc., y también, como es lógico, aunque si detenerse demasiado, a la espiritualidad del trabajo. Desde este punto de mira espiritual, el trabajo de Jesús en Nazaret es mencionado en la encíclica una sola vez, limitándose a señalar su condición de trabajo manual.

El pasaje concreto es éste: “Jesús trabajaba con sus manos, tomando contacto cotidiano con la materia creada por Dios para darle forma con su habilidad de artesano. Llama la atención que la mayor parte de su vida fue consagrada a esa tarea, en una existencia sencilla que no despertaba admiración alguna: «¿No es este el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6,3). Así santificó el trabajo y le otorgó un peculiar valor para nuestra maduración”¹⁷.

3. EL TRABAJO DE JESÚS EN NAZARET EN LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA

La cuestión que analizamos pide, como ya ha sido apuntado, un acercamiento más teológico que bíblico. El Nuevo Testamento, tras relatar con cierto detalle, en los primeros capítulos de Mateo y Lucas diversos acontecimientos de la infancia de Jesús, guarda un completo silencio sobre los años de su existencia en Nazaret, anterior al inicio de su predicación y pública manifestación. El único dato que poseemos sobre esos años escondidos es el ya señalado: en aquella pequeña población

¹⁷ FRANCISCO, Enc. *Laudato Si'*, 24-V-2015, n. 98. La referencia a Juan Pablo II es: Enc. *Laborem exercens*, 14-IX-1981, n. 27.

en la que transcurrió toda su niñez, su adolescencia y su juventud, o como dice sobriamente Lucas: “donde se había criado” (Lc 4,16), todos sus conciudadanos conocían a Jesús y a su familia¹⁸, y eran por tanto sabedores del trabajo que tanto él como José desempeñaban¹⁹. Esos son los datos que nos han sido transmitidos. Su contenido y significado son analizados por los expertos conforme a las leyes vigentes en su terreno profesional y a su específico interés.

Los estudios bíblicos, por ejemplo, se extienden en descripciones de Nazaret en el siglo I, de su historia, de su geografía, etc.²⁰, y con apoyo en los conocimientos históricos, arqueológicos, etc., exponen los trazos característicos de la vida familiar, religiosa, social, laboral, etc., de una comunidad como aquella²¹, pero nada más²². Del tema que aquí nos

¹⁸ “¿No es éste el hijo de José?” (Lc 4,22). “¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre?” (Jn 6,42). “¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?” (Mt 13,55; cfr. Mc 6,3). “Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José” (Jn 1,45).

¹⁹ “¿No es éste el hijo del artesano?” (Mt 13,55). “¿No es este el artesano?” (Mc 6,3).

²⁰ Así, por ejemplo, en A. LEGENDRE, *Nazareth*, en “Dictionnaire de la Bible. Supplément”, Letouzey et Ané, Paris 1928ss, 1521-1542. Serafin DE AUSEJO, *Nazaret*, en “Diccionario de la Biblia”, Herder, Barcelona 1981, 1326. Evaristo MARTÍN NIETO, *Nazaret*, en: F. FERNÁNDEZ RAMOS (dir.), *Diccionario de Jesús de Nazaret*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 863.

²¹ Por ejemplo, Marie-Joseph LAGRANGE, *Vida de Jesucristo según el Evangelio*, Edibesa, Madrid 1999, aunque señale que buscar algo sobre la vida oculta de Jesús fuera de los Evangelios es perderse en vanas conjeturas, dice también: “Si estuviese permitido afinar en el análisis de su desarrollo humano se diría que hubo en Él, como en otros, algo de la influencia de su Madre; su gracia, su finura exquisita, su dulzura indulgente, le pertenecen (...). Si José enseñó a su hijo adoptivo el arte de cepillar tablas, ¿no se ofreció a Jesús como modelo acabado de obrero honrado y digno del más piadoso israelita?” (54).

²² Günther BORNKAMM, *Jesús de Nazaret*, Sígueme, Salamanca 1977², simplemente escribe: “Desde el punto de vista de la historia, la infancia y la juventud de Jesús permanecen oscuras para nosotros (...). Su familia pertenecía a la fracción judía de la población que, desde la época de los Macabeos, se había vinculado de nuevo fuertemente al culto del templo de Jerusalén y a la práctica legal del judaísmo. (...) Su padre era carpintero y quizás él mismo lo fue” (55-56). Es cierto, podemos glosar, que esos años de Jesús permanecen oscuros para nosotros, pero algo podemos suponer al respecto conociendo quién y cómo era Jesús. Basta considerar lo que sí sabemos que ocurre inmediatamente después de esos 30 años ignotos. Nada más comenzar su predicación del Reino del Padre, por ejemplo, los evangelistas narran un rasgo característico de su figura histórica: la autoridad que todos reconocen en Él y que se manifiesta de manera

ocupamos –el trabajo de Jesús– sólo se hacen consideraciones genéricas, o quizás más determinadas pero siempre poco concretas²³. Así, por ejemplo, Joachim Gnilka escribe: “En la vida cotidiana practicaba un oficio. Para su oficio y para el oficio de José se emplea la misma palabra: *tekton*, que solemos traducir por carpintero (. . .). Podemos suponer que ambos ejercieron el oficio de *tekton* y que Jesús aprendió de José el oficio, según lo que podemos ver en el judaísmo rabínico tardío”²⁴. Y de manera semejante se expresan otros autores²⁵.

rápida. ¿De dónde viene esa autoridad doctrinal, de la que todos se asombraban (Mc 1,22; Mt 7,29). “Ese término ‘autoridad’ recubre sin duda todo el misterio de la persona y de la influencia de Jesús tal como se perciben en la fe; así él supera todo lo que es puramente ‘histórico’. En los más diversos encuentros Jesús aparece siempre con una ‘autoridad’ inmediata que tiene su fuente en él mismo” (BORNKAMM, o.c., p. 63). Y esto es así desde el inicio de su vida pública, inmediatamente después de su vida oculta en Nazaret. Su doctrina, como Hijo, acerca del Padre, de la llegada del Reino, de la hora de la salvación; su predicación de las bienaventuranzas, su llamada a la conversión, . . . etc., es cierto que nada nos dicen de su real vida anterior y de su real vida de trabajo, pero dicen todo de su persona y, por llamarlos así, de los ideales que llenan su alma. Todo eso tenía que estar presente en su vivir cotidiano y en su trabajo de cada día, pues no surgen de la nada, ni de un momento singular de su existencia: Jesús no habla nunca de su ‘vocación’ aunque sí lo hace de la llegada de su ‘hora’, la hora de su misión.

²³ Por ejemplo, en la voz *Travail* del “Dictionnaire Encyclopédique de la Bible”, Brepols, Turnhout-Paris 1960, col. 1871, se lee: “Jesús no ha aportado ideas nuevas en relación al trabajo humano [respecto a las del Antiguo Testamento]. Pero, dado que ha pasado casi toda su vida trabajando con sus manos, ha santificado el trabajo de los hombres y ha ratificado así la elevada concepción que tenía al respecto el AT”. Joachim GNILKA, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*, Heder, Barcelona 1993, dirá: “Sobre el largo tiempo que Jesús pasó en Nazaret no sabemos nada concreto. Los evangelios guardan completo silencio. Mientras fue un niño de corta edad, María se encargó de educarlo. Luego lo hizo José, que tenía que instruirle en la Torá. En la sinagoga, Jesús oía la lectura de la Escritura, y la interpretación de la misma en la predicación” (97). De la vida familiar de Jesús no es infrecuente encontrar opiniones como ésta, característica de la piedad cristiana: “Vida oscura, de mucho y humilde trabajo; de pobreza, aunque no de privación y necesidad; de sacrificio y oración, pero también de la más suave unión” (Louis Claude FILLION, *Nuestro Señor Jesucristo según los Evangelios*, Edibesa, Madrid 2000, 89).

²⁴ Joachim GNILKA, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia, cit.*, 97.

²⁵ Por ejemplo, Armand PUIG, *Jesús. Una biografía*, Destino, Barcelona 2005, que escribe: “Bajo esta denominación [*tekton*] pueden incluirse trabajos realizados no solo con madera, sino también con piedra e incluso con hierro. (. . .) Jesús es, pues, un artesano de la madera y del hierro, un hombre que sabe trabajar ambos materiales y que se gana la vida en un taller, herencia de su padre. (. . .) Un taller de esas características

De una lectura de los textos bíblicos desde tal perspectiva no puede surgir nada que ofrezca interés para avanzar en la cuestión que nos hemos planteado. Si queremos progresar algo más se hace necesaria una aproximación de índole más teológica e inquisitiva, que se esfuerce en sacar a la luz otros aspectos de la realidad de Cristo hombre, aunque no haya sido literalmente manifestada.

Eso es lo que, por ejemplo, hace Joseph Ratzinger-Benedicto XVI en su magnífico estudio sobre Jesús de Nazaret²⁶, aunque tampoco esta obra trata en ningún momento del trabajo de Jesús. Las únicas referencias a Nazaret que pueden tener cierto interés para lo que aquí estudiamos son las que se refieren al apelativo de Jesús como “nazareno”. Partiendo de Mt 2,23, donde se dice que José “se estableció en una ciudad llamada Nazaret; así se cumplió lo dicho por medio de los profetas, que se llamaría ‘nazareno’”, alude el Autor a las dos denominaciones de Jesús con ese apelativo en el NT: *nazoraîos* (Mt, Jn, Hech) o *nazarenos* (Mc); Lc usa ambas²⁷. Acudiendo a las tradiciones del AT, nazareno puede interpretarse de dos modos²⁸: a) como derivación de *nazir* (Jue 13,5-7), con el significado de “hombre totalmente consagrado a Dios desde el seno materno” (Sansón), lo cual tiene en Jesús un sentido extraordinariamente denso; o bien, b) como derivación de *nezer* (Is 11,1), “renuevo” del tronco de Jesé, que se puede aplicar también perfectamente a Jesús: en él se cumple la promesa del renuevo que Dios iba a dar al tronco de Jesé, en el que se posaría el Espíritu de Dios. Al ser denominado Jesucristo en la cruz como el nazareno (*ho Nazoraîos*) (cfr. Jn 19,19), el título “cobra su plena sonoridad”: indica no solo su proveniencia sino también, al mismo tiempo, su esencia: “él es el ‘renuevo’, es el enteramente consagrado a Dios desde el seno materno hasta la muerte”²⁹.

Joseph Ratzinger, en la obra que comentamos, no dice nada más al respecto, y por tanto nada podemos deducir a partir de ella de lo que piensa sobre la vida oculta de Cristo, y de su trabajo en Nazaret.

debe estar preparado para hacer trabajos relacionados con el mundo agrícola (...) o con las necesidades domésticas” (181).

²⁶ Joseph RATZINGER, *Obras completas*, 6, 1: *Jesús de Nazaret. Estudios de cristología*, BAC, Madrid 2015. Citaremos por esta edición.

²⁷ *Ibid.*, p. 83.

²⁸ Cfr. *ibid.*, pp. 84-85.

²⁹ *Ibid.*, p. 85.

Quizá pueda servirnos, no obstante, la idea señalada: siendo Jesús por excelencia el “renuevo”, el “enteramente consagrado a Dios desde el seno materno hasta la muerte”, todo el sentido de su existencia y de su trabajo humano ha de ser pensado (imaginado) desde su plena referencia personal al Padre como Hijo. “Todo el testimonio de los evangelios –señala el Autor en otra de sus obras– concuerda a la hora de afirmar que las palabras y las acciones de Jesús procedían de la más íntima unión con el Padre”³⁰. Jesús es en persona el Hijo y en esa denominación resuena del modo más directo la figura histórica de Jesús. En la misma obra recién citada, también se lee: “Todos los evangelistas están de acuerdo en que las últimas palabras de Jesús constituían una expresión de su disposición hacia el Padre y un grito dirigido no a alguien o a algo sino a Él [al Padre]: estar en diálogo con Él constituía su más íntima esencia”³¹. Esto es también aplicable, en mi opinión, a

³⁰ Joseph RATZINGER, *Guardare il Crocifisso*, Jaca Book, Milano 2005, p. 17; cfr. P. BLANCO, *La teología de Joseph Ratzinger*, Palabra, Madrid 2001, p. 388.

³¹ *Ibid.*, p. 23. A lo ya dicho se podría añadir el significado del *pro nobis* de Cristo, y de su *proexistencia*, tan subrayada por Ratzinger, que solo encuentra su plena inteligibilidad precisamente en su *ser del Padre* (cfr. Gabriel RICHI ALBERTI, *Dios y hombre en un bocado*, en: AA.Vv., *Jesucristo en el pensamiento de Joseph Ratzinger*, Publicaciones San Dámaso, Madrid 2011, p. 15). Richi cita al respecto estas otras palabras de Ratzinger: “su yo no es en modo alguno un yo separado, sino procedente del Padre y ser para el vosotros de los hombres” (Joseph RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1969, p. 177). Aunque no se menciona en estos textos la vida oculta de Jesús, y por tanto tampoco su trabajo en Nazaret, pienso que también puede mirarse éste desde la perspectiva que señala Thomas SÖDING en su trabajo: *Jesucristo según el Nuevo Testamento*, quien interpretando a Ratzinger apunta que: “solo se puede comprender históricamente a Jesús si se le comprende teológicamente: desde Dios” (en el ya citado AA.Vv., *Jesucristo en el pensamiento de Joseph Ratzinger*, p. 80), es decir, desde la unidad entre el Padre y el Hijo. Y añade: “La unidad entre Jesús y el Padre, que Joseph Ratzinger desarrolla de un modo intuitivo y reflexivo como perspectiva central de su imagen de Jesús, no solo es algo dado y experimentado, sino también algo probado y padecido” (p. 95). En una línea semejante se mueve Pierangelo SEQUERI (*Jesucristo, el testigo fiel*, en *ibid.*, 97-114), que cita también la *Introducción al cristianismo* de Ratzinger, donde dice: “En sentido propio afirma la fe que en ese Jesús ya no es posible distinguir entre oficio y persona; la distinción sería simplemente contradictoria. La persona es el oficio, el oficio es la persona (...) En otros términos, la fe cristológica afirma decididamente la experiencia de la identidad entre la existencia y la misión en la unión inseparable de las palabras Jesús y Cristo” (*Introducción al cristianismo*, cit. pp. 173-174). Sequeri añade: “El ejercicio de la misión es un momento constitutivo de la identidad de Jesús con el Hijo, mientras que el vínculo con el Padre es el principio mismo del cumplirse de la misión. El

su vida de trabajo en Nazaret, aunque de esta nada específico se pueda decir, que esté histórica o bíblicamente documentado. Estamos, pues, sosteniendo que, cuando se hace una lectura teológica de los textos evangélicos sobre Jesús, es posible que vengan a la luz realidades no explícitamente manifestadas en ellos, aunque están presentes de manera implícita en su misterio de Hombre-Dios.

Abundando en esta idea, nos podemos hacer esta pregunta: ¿qué intenciones llenaban la entera existencia y, por tanto, también la actividad laboral diaria de Jesús en Nazaret, antes del comienzo de su vida pública? Aunque no podamos arrojar sobre ese interrogante una luz propiamente histórica, sí estamos en condiciones de proyectar sobre él, o sobre otros análogos, cierta luz teológica con tal de tomar en consideración, como es habitual en el pensamiento cristiano, la cristología implícita en los textos evangélicos. Pongamos, sin mayores pretensiones, un ejemplo. Si en los albores de su ministerio público, tras el encarcelamiento de Juan, llama Jesús a la conversión y anuncia la cercanía del Reino (cfr. Mc 1,15), ¿es aventurado suponer que la inminencia de ese anuncio y de esa llamada no estaban ya presentes en Él en el tiempo inmediatamente anterior, cuando aún vivía como uno más en Nazaret?

¿Qué importancia otorgar –es otro ejemplo– a las misteriosas palabras que Jesús Niño dirige a sus padres en el templo de Jerusalén: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49). Si eso es lo que ocupa el alma del Niño a los doce años, cuando vive cotidianamente con ellos y está siendo formado por José en la doctrina de Israel y en su oficio, ¿cómo no pensar que esa era también la actitud que ocupaba su alma en los años sucesivos de permanencia y trabajo en Nazaret? El Evangelio resume en pocas palabras aquel tiempo: “Bajó con ellos, vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús *crecía* en sabiduría, en edad y *en gracia delante de Dios y de los hombres*” (Lc 2,51-52). Lo que la Virgen guardaba en su corazón, podemos pensar, era no solo

ser-para-nosotros y el ser-del-Padre forman un círculo que no puede ser interrumpido” (p. 107). También Gabino URIBARRI, se une a esa misma línea de interpretación en su trabajo (cfr. *Jesucristo, el Hijo la clave del “yo” de Jesús*, en el ya citado AA.Vv., *Jesucristo en el pensamiento de Joseph Ratzinger*, pp. 115-156).

lo que vio en el Niño al encontrarlo en el Templo, sino lo que en Él veía (y de Él escuchaba) en el tiempo de Nazaret.

Es muy interesante, a este respecto, lo que señala Benedicto XVI en su *Jesús de Nazaret*, al meditar sobre la respuesta de Jesús a sus padres. “Jesús dice a su padres: estoy exactamente donde está mi lugar: junto al Padre, en su casa. (...) Yo *estoy* con el Padre. No es José mi padre, sino otro: Dios mismo. A él le pertenezco, junto a él estoy. ¿Puede exponerse acaso con mayor claridad la filiación divina de Jesús? Con ello tiene que ver inmediatamente una segunda cosa. Jesús habla de un ‘deber’. El Hijo, el niño *debe* estar junto al Padre. (...) Ese ‘deber’ rige también para esa temprana edad”³². E inmediatamente, nuestro Autor, yendo aún más lejos en su exposición, desvela la cristología implícita en el pasaje: “En la respuesta del muchacho de doce años ha quedado claro que conoce –a Dios– desde dentro del Padre. Solo él *conoce* a Dios: no solo lo conoce a través de hombres que dan testimonio de él, sino en sí mismo. Como Hijo, él está con el Padre en una relación de tú a tú. Vive en su presencia. Lo ve. (...) Está junto al Padre, ve las cosas y las personas a su luz. No obstante, hay que decir, al mismo tiempo, que su sabiduría *crece*. Como hombre no vive en una omnisciencia abstracta, sino que está arraigado en una historia concreta, en un lugar y un tiempo, en las fases de la vida humana, y de allí recibe la forma concreta de su saber”³³.

Todo eso es también perfectamente aplicable, en mi opinión, a los largos años de trabajo de Jesús. Para contemplarlos con realismo y captar lo que misteriosamente significan no basta hacer consideraciones sobre qué tipo de trabajo realizaba, aunque sea preciso hacerlas pues desempeñaba un trabajo concreto, con determinadas características, y no otro. Ni basta tampoco discurrir sobre el significado veterotestamentario del trabajo, aunque también haya que tenerlo en cuenta, pues Jesús –como buen israelita, formado en la Ley de Moisés– lo conocía y lo asumía. Sin echar en olvido esos aspectos, es necesario considerar también –como se apunta en el pasaje del Niño en el Templo– lo que se encerraba en el corazón y se reflejaba en las obras de quien era el Hijo del Padre, identificado con su voluntad de salvación. Esa escena abre, en cierto

³² Joseph RATZINGER, *Obras completas*, 6, 1: *Jesús de Nazaret. Estudios de cristología*, cit., p. 89.

³³ *Ibid.*, p. 91.

modo, nuestro entendimiento a una mayor comprensión –como también señala Benedicto XVI– de “la totalidad de su figura, que después nos relatan los Evangelios”³⁴. De esas narraciones evangélicas hay que inferir aquellas otras dimensiones de su obrar que, por estar desde siempre, como en lugar propio, en el alma del hombre Jesús, habían de estar asimismo presentes y operativas en su diario vivir y trabajar³⁵.

No está aquí de más recoger una idea que hemos tenido ocasión de exponer en otro momento, y que resume con precisión lo que pensamos: “No se puede, lógicamente, meditar sobre la existencia cotidiana de Cristo, sobre la base de algo que sólo podemos conocer aproximadamente. La materialidad de la vida ordinaria de Jesús en Nazaret es para nosotros un terreno desconocido. Sólo podemos imaginarla, a partir de las distintas investigaciones históricas realizadas sobre la existencia diaria de un hebreo de su tiempo, más concretamente de un artesano (*tékton, faber*, dice el texto sagrado acerca de José y de Jesús; cfr. Mt 13,55; Mc 6,3). Pero, en realidad, no nos interesa tanto el contenido exacto o aproximado de esa existencia –que no ha sido descrita por los relatos evangélicos– cuanto su significado escondido. Y esto se ilumina bajo la luz de su persona y de su misión, una luz que brilla con especial intensidad en esos relatos. Para quien, como nosotros, conoce a partir del Evangelio los elementos sustanciales de la vida pública de Cristo –podemos repetirlos una vez más: la gloria del Padre, el cumplimiento de su voluntad, la venida del Reino, la salvación de los hombres a través de la propia donación–, también el significado de la vida escondida en Nazaret, existencia cotidiana del Hijo encarnado, no plantea especia-

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Angelo AMATO (en su artículo: *Cristología católica*, en “*Temes d’avui: revista de teologia i qüestions actuals*” 28 (2008) 38-62), siguiendo el *Jesús de Nazaret* de Ratzinger y refiriéndose a la “cristología implícita o pre-pascual” patente en algunos pasajes del Evangelio –y concretamente en el Sermón de la Montaña–, señala que: “Las Bienaventuranzas tienen un gran valor para el discípulo, puesto que antes han sido vividas y realizadas por el mismo Cristo, como en su prototipo. Ellas son una especie de biografía oculta de Jesús; su retrato fiel (*Gesù di Nazaret*, I, 98). También contienen elementos concretos de una cristología implícita o pre-pascual, que el Papa, en este contexto, llama “cristología escondida” (*ibid.*, 124). Tras el Sermón de la montaña yace la figura de Cristo, de ese hombre que es Dios y les enseña a sus discípulos las sendas de la verdadera vida”. Cabría preguntarse al respecto: ¿no se debería hablar también, en términos amplios, de la “cristología implícita” en los años de la vida oculta y, más en concreto, en la vida de trabajo de Nazaret?

les interrogantes. Antes al contrario, se trata de algo, de algún modo luminoso”³⁶.

En la teología contemporánea encontramos análogas posiciones de fondo, aunque el tema abordado no sea expresamente el del trabajo de Cristo. Como señala, por ejemplo, la Comisión Teológica Internacional en su documento de 1985 sobre “La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión”, hay que sostener que: “La vida de Jesús testimonia la conciencia de su relación filial al Padre (...). Tenía conciencia de ser el Hijo único de Dios, y en ese sentido, de ser Él mismo Dios”³⁷. Así mismo, se debe mantener que: “Jesús conocía el fin de su misión: anunciar el Reino de Dios y hacerlo presente en su persona, sus actos y sus palabras, para que el mundo sea reconciliado con Dios y renovado”³⁸. Y, por último, ha de afirmarse también que: “La conciencia que tiene Cristo de ser enviado por el Padre para la salvación del mundo y para la convocación de todos los hombres en el pueblo de Dios implica, misteriosamente, el amor a todos los hombres, de manera que podamos decir que ‘el Hijo de Dios me ha amado y se ha entregado por mí’ (Gal 2,20)”³⁹. Como venimos diciendo, es oportuno y legítimo considerar que esa conciencia filial y soteriológica de Jesús, siempre viva y operativa en su persona, llenaba asimismo de sentido la realización de su trabajo cotidiano. Si no se resaltara tal cualidad quedarían deficientemente expresada la realidad y el sentido de aquel trabajo.

³⁶ Antonio ARANDA, *Dimensioni della quotidianità, dimensioni della santità*, in AA.VV, “Tempo e Spiritualità” (a cura di Manuel RUIZ JURADO SJ), PUG-Chirico, Napoli 2001, p. 95. Así lo expresa san Josemaría Escrivá en un texto sobre el que tendremos ocasión de volver: “Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo” (*Es Cristo que pasa*, n. 14).

³⁷ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión*, Proposición primera; en ID., *Documentos 1969-2014*, BAC, Madrid 2017, 379-392

³⁸ *Ibid.*, Proposición segunda.

³⁹ *Ibid.*, Proposición cuarta.

Un teólogo español de nuestros días, refiriéndose a la existencia humana de Jesús, ha escrito que: “Esa existencia es el medio a través del cual Dios se nos revela; y percibimos esa revelación divina conociendo y apropiándonos de esa existencia humana”⁴⁰. Y señala también que, en el análisis del acontecimiento de Jesús de Nazaret (Jesús mismo y lo que ha significado en la historia de la humanidad) han de distinguirse tres niveles de conocimiento, que en el Nuevo Testamento están en simultaneidad: a) los hechos, que requieren un conocimiento histórico-científico; b) el sentido de esos hechos, esto es, la intencionalidad profunda que los animaba y su ejemplaridad para nosotros, que piden un conocimiento histórico-sapiencial; y c) la revelación de Dios que esos hechos traen consigo, es decir, no solo qué hizo Cristo sino qué hizo Dios en él y qué nos dio a través de él, lo que demanda un conocimiento religioso-creyente⁴¹. La idea nos parece interesante y aplicable también a nuestro tema, pues aunque no nos sea conocido en detalle el trabajo de Cristo en Nazaret, sí conocemos tres niveles de su realidad: a) que trabajaba como artesano (hechos); b) que la intencionalidad de ese trabajo era la misma que regía en toda su existencia filial y redentora (ejemplaridad); y c) que Dios está revelando en Cristo trabajador el sentido profundo del trabajo, en cuanto tarea propia del hombre en el orden de la creación.

Tras lo anterior, añade González de Cardedal esta otra idea: “Al proclamar la diversidad de planos y de accesos cognoscitivos, y al jerarquizarlos a partir del tercero, el cristianismo está proclamando que los hechos de la vida de Jesús son conocidos realmente como fueron cuando son leídos como expresión de una nueva manera de concebir la existencia en el mundo y sus relaciones con el cosmos, la sociedad y Dios, que radica y se alimenta en la autoconciencia que Jesús tenía de ser el revelador, el enviado, el Cristo, el Hijo”⁴². La humanidad de un hombre ha sido, en efecto, humanidad de Dios, y en ese sentido la autoconciencia humana de Jesús es el hogar natural de una revelación sobrenatural⁴³. Y nosotros, desde nuestro concreto interés, insistimos

⁴⁰ Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología*, BAC, Madrid 1975, p. 374.

⁴¹ Cfr. *ibid.*, pp. 361-365.

⁴² *Ibid.*, p. 368.

⁴³ Cfr. *ibid.*, p. 371. En otras de sus obras (cfr. *Cristología*, BAC, Madrid 2001, p. 436) escribe GONZÁLEZ DE CARDEDAL estas palabras: “A Jesús hay que entenderlo como

en lo mismo: aunque el hecho “trabajo de Jesús en Nazaret” nos sea desconocido en su realización empírica, sí nos resulta conocido en su realidad sustancial: es un hecho realmente sucedido y realizado por el Hijo de Dios hecho hombre. Podemos, pues, aplicarle esas ideas, y meditar sobre lo que nos revela y sobre la ejemplaridad que conlleva.

4. EL TRABAJO DE JESÚS EN NAZARET, EN DOS AUTORES ESPIRITUALES DEL SIGLO XX

El beato Charles de Foucauld (1858-1916) y san Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975), son grandes autores espirituales que han contemplado muy hondamente el acontecimiento de Nazaret. En sintonía con la tradición doctrinal y espiritual recibida, pero con auxilio ante todo de sus respectivos dones carismáticos, ambos han desarrollado una devoción personal intensa –de la que han hecho participar a muchos– hacia los misterios de la vida oculta de Jesús, y en particular hacia sus treinta años de vida escondida y de trabajo. Sus exposiciones sobre estos argumentos dan testimonio de ciertas semejanzas –en general, las que comúnmente se destacan en la espiritualidad cristiana al meditar sobre la Sagrada Familia y el hogar de Nazaret: pobreza, humildad, oración, caridad, etc.–, pero atestiguan también una clara distinción de acentos en

se entiende a todo niño judío, que crece en una familia determinada por la oración, la sinagoga, el templo, el aprendizaje de la ley, los ritos de iniciación tanto religiosa como social, (. . .). Jesús debe la forja de su alma humana a sus padres, a su aldea, a la Torah y a la sinagoga. Para conocer esa alma hay que conocer el alma de María y José, la ordenación litúrgica de la sinagoga de Nazaret, las corrientes de espiritualidad, la orientación homilética y la legislación social, la situación política y religiosa del momento en que nace Jesús”. Cristo hombre –digo yo– tenía, en efecto, el hondo sentido del trabajo propio del AT, como ley de Dios para el hombre, tarea encomendada por el Creador, con un valor sacro como vía de presencia de Dios. Como me explicaba un rabino amigo, Ángel Kreimann Brill, al decirme por qué admiraba la doctrina de san Josemaría sobre el trabajo santificado, para un judío piadoso el trabajo es vía de encuentro con Dios. Pero junto a esto, que ayuda a meditar y situar la humanidad de Jesús, a la pregunta: ¿quién es el hombre Jesús?, solo da respuesta plena el NT: Cristo es el Hijo de Dios, que ha tomado carne y, naciendo de María, se ha hecho verdadero hombre. Y desde esa perspectiva hay que decir que “el hombre Jesús no es una anomalía de lo humano que hay que explicar, sino, a la inversa, la meta y norma desde las cuales hay que explicar nuestra humanidad como forma proficiente” (*ibid.*, p. 456). Y explica también, añadimos, el sentido de nuestro trabajo.

el enfoque de los temas y en la ponderación de las luces y matices cristológicos implícitos⁴⁴. Nada tiene de extraña tal semejanza-desemejanza –ponemos cierto énfasis en esta última– entre las enseñanzas de dos santos maestros de vida cristiana al contemplar un mismo misterio, en este caso el de la existencia oculta de Jesús en Nazaret. El Espíritu Santo es quien abre las inagotables vías de acceso al misterio del Dios-Hombre, distribuyendo sus dones y carismas como quiere.

En continuidad con lo que venimos haciendo, analizaremos brevemente y por separado su respectivo enfoque para destacar mejor lo que de común y diverso encierran. No entraremos, sin embargo, pues no es nuestro tema, en el estudio de sus respectivas enseñanzas sobre el trabajo del cristiano en Cristo, cuestión que, en realidad, está ya incluida como *in nuce* en aquélla.

a) Charles de Foucauld: el trabajo humilde y escondido de Jesús pobre

Andrea Mandonico ha formulado con la concisión requerida por el título de un libro lo que Nazaret representa en la espiritualidad de Charles de Foucauld: un lugar, una experiencia, un símbolo⁴⁵. El misterio de Nazaret llenará, en efecto, su existencia, y desde que lo descubre en

⁴⁴ De una manera también breve, en el interior de un estudio más amplio, han aludido con agudeza a esta cuestión dos autores, cuyas ideas tengo en cuenta: Laurent TOUZE, *La contemplation dans la vie ordinaire. À propos de Josémaría Escrivá*, en "Esprit et Vie" 112 (2002) 9-14. Guillaume DERVILLE, *¿Ciudadanos en la tierra como en el cielo? Una aproximación a la encíclica Laudato sí' y al mensaje de Josemaría Escrivá de Balaguer*, en "Romana" (2015) 162-204.

⁴⁵ Cfr. Andrea MANDONICO, *Nazaret nella spiritualità di Charles de Foucauld: un luogo, un'esperienza, un simbolo*, Messaggero, Padova 2002. De la abundante bibliografía sobre la espiritualidad de Charles de Foucauld tengo presente, además del recién citado, los trabajos de: René VOILLAUME, *Charles de Foucauld, jalons d'une vie*, Barbier, Bruxelles 1975. Jean-François SIX, *Carlos de Foucauld. Itinerario espiritual*, Herder, Barcelona 31978. Luigi BORRIELLO, *L'influsso di Charles de Foucauld nella spiritualità contemporanea*, en: Bruno SECONDIN (a cura di), "Spiritualità: fisionomia e compiti", LAS, Roma 1981, 221-231. Id., *Mistici nostri contemporanei*, en: "Vita cristiana ed esperienza mistica", Theresianum, Roma 1982, 383-411. Jesús CASTELLANO, *Charles de Foucauld*, en: Ermanno ANCILLI (a cura di), "Dizionario enciclopedia di spiritualità", I, Città Nuova, Roma 1992, 718-720. Carlo MASSA, *Charles de Foucauld*, en: "Dizionario di mistica", LEV, Roma 1998, 522-523. Pierangelo SEQUERI, *Ripartire da Nazaret? Appunti su Charles de Foucauld e la nuova evangelizzazione*, en: "La rivista del clero italiano" 9 (1996) 567-587.

su peregrinación de 1888 a Tierra Santa, sólo aspirará a integrarse, a identificarse cada vez más con la vida escondida de Jesús, vida de trabajo y oración, en la humildad y en la pobreza. La imitación de la existencia del “pobre artesano oculto en la humillación y en la oscuridad” será el ideal que guiará por siempre a Foucauld⁴⁶.

Desde la mencionada peregrinación, el hermano Charles sabe que ha de imitar a Jesús en el abatimiento, en la pobreza, en el trabajo manual humilde, en el ocultamiento, en la oscuridad⁴⁷. Esa intuición le conduce primero a la Trapa de Akbés, y más tarde a Nazaret para llevar lo más exactamente posible la vida humilde de trabajo que llevó allí Jesús. “Para él –ha señalado un especialista– el trabajo manual solo tiene un motivo: el Hijo de Dios ha vivido el trabajo, quiso vivir la condición de obrero, y esta condición de trabajador permite eminentemente seguir los consejos evangélicos (. . .). Quiere imitar a aquel que dio al trabajo no solo el valor de penitencia, sino también de redención (. . .). Para él el trabajo no es ante todo medio negativo de purificación, sino encuentro positivo con su Dios, que se hizo trabajador”⁴⁸. Este sería también el fin de la Congregación religiosa que hubiera querido fundar, aunque entonces nadie le siguió: llevar la vida de Jesús obrero en Nazaret, imitar su trabajo manual, un trabajo común que cualquiera pueda realizar, un trabajo como el que realiza la clase más pobre del país, un trabajo que sólo ocupe el cuerpo, un trabajo bastante silencioso para que no estorbe a la oración⁴⁹.

La imitación de la vida pobre, escondida, penitente de Jesús, conduce a Foucauld a penetrar cada vez más en la dimensión redentora que esa vida expresa y realiza, y a tomar la decisión de ser sacerdote. Ese modelo de vida –como la de Jesús en Nazaret, de “hombre entre los hombres, compartiendo con ellos, en humildad y obediencia, la cotidianidad, las instituciones, los ritos, la fatiga, el dolor y el trabajo, con el fin de transformar, purificar y santificar todo al contacto de su presencia redentora”⁵⁰–, será ya siempre el símbolo de su existencia, el

⁴⁶ Cfr. Andrea MANDONICO, *Nazaret nella spiritualità di Charles de Foucauld*, cit., p. 354.

⁴⁷ Cfr. Jean-François SIX, *Carlos de Foucauld. Itinerario espiritual*, cit., p. 88.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 120-121.

⁴⁹ Cfr. *ibid.*, 137.

⁵⁰ Andrea MANDONICO, *Nazaret nella spiritualità di Charles de Foucauld*, cit., p. 360.

que llevará también consigo a la misión en Tamanrasset (Marruecos) entre los tuaregs, donde acabará sus días.

Para concluir esta breve síntesis, cabe decir que la concepción del trabajo de Jesús en Charles de Foucauld está en completa dependencia de sus intuiciones acerca del estilo de vida asumido por Cristo en Nazaret: vida ordinaria y escondida, en el último puesto, vida de oración y de virtudes silenciosas, vida de pobreza y de disponibilidad para todos, inserida en medio del vivir de los demás⁵¹.

- b) Josemaría Escrivá: el trabajo santificado y santificador de Jesús, Hijo de Dios y Redentor

La doctrina que expone san Josemaría como fruto de su contemplación del misterio de Jesús en Nazaret, y dentro de éste del misterio de su trabajo cotidiano, está construida en conjunto desde dos puntos de vista o perspectivas diversas, que piden ser consideradas en unidad, como el propio Autor muestra en sus escritos. Desde la primera de tales perspectivas hace san Josemaría una lectura de Cristo y de su trabajo en Nazaret, que guarda cierta analogía con la que hace el beato Charles; desde la segunda, en cambio, que además es la portadora de los matices carismáticos propios del Fundador del Opus Dei, su lectura es singular y característica; esta es la que aporta la tonalidad dominante y otorga al conjunto coloración propia.

Desde la primera perspectiva, san Josemaría contempla en Nazaret el lugar de existencia corriente de Jesús como “uno más entre sus conciudadanos”⁵². Los años de Nazaret son escenario de la existencia modesta, oculta del Hijo de Dios, “en aquel sencillo e ignorado taller de artesano”⁵³: años de vida familiar sencilla y admirable, junto a María y José⁵⁴, en aquel hogar “donde todo se hace por amor”⁵⁵. Allí, junto con la caridad, brillan la humildad, el desprendimiento, la laboriosidad, el espíritu de servicio, etc. La mirada de san Josemaría se detiene entonces en aspectos que han sido también meditados ampliamente de

⁵¹ Cfr. *ibid.*, p. 362.

⁵² Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 89.

⁵³ *Ibid.*, 56.

⁵⁴ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 22.

⁵⁵ SAN JOSEMARÍA, *Carta 29-VII-1965*, n.54.

diversos modos por la tradición espiritual cristiana, y dentro de esta, como decíamos, por Charles de Foucauld.

Aunque haya semejanzas, hay también sin embargo –aun sin salir de esta primera perspectiva– una diferencia evidente entre la mirada de Foucauld y la de Escrivá sobre la realidad de Nazaret. La casa de la Sagrada Familia era a los ojos del hermano Charles –como señala Mandonico– como “un monasterio donde Jesús, José y María vivían su existencia religiosa dividida entre trabajo y oración, y donde él mismo es llamado a vivir su vida como ‘pequeño hermano’ de Jesús”⁵⁶. San Josemaría, en cambio, aunque resalte esos mismos elementos característicos de aquel hogar, los contempla con espíritu secular, como elementos propios de una vida familiar en la que reina el amor de Dios y el amor de unos por otros, y donde todo es al mismo tiempo manifestación de una existencia de ciudadanos comunes, semejante a la de sus vecinos, llena también de naturalidad en la entrega a los demás. Al mismo tiempo, la mirada de san Josemaría sobre Nazaret se hace particularmente intensa –y éste es un matiz característico de su contemplación del misterio– en referencia al trabajo: trabajo, como el de José, cotidiano y esforzado⁵⁷, trabajo bien realizado y con espíritu de servicio⁵⁸, trabajo cumplido a la perfección en aquel sencillo e ignorado taller de artesano⁵⁹, etc. La vida oculta de Jesús, como la de José y la de María es, sintetizando la idea en una frase, una vida de trabajo santo, de labor cotidiana convertida en obra de Amor, en obra de Dios⁶⁰.

Así podemos adentrarnos en el segundo y característico punto de mira desde el que Josemaría Escrivá medita sobre Jesús y su trabajo en Nazaret. Es inseparable, en efecto, del anterior, pero con esa singular inseparabilidad entre contenido (aquí, la primera perspectiva) y continente (aquí, la segunda perspectiva). En esta segunda perspectiva el trabajo de Jesús es focalizado no ya, como en la anterior, desde la realidad de su verdadera y perfecta humanidad y, por tanto, desde su vida humana santa, sino desde la clave más radical de su vida terrena: el cumplimiento de su misión redentora. Jesús de Nazaret, en efecto,

⁵⁶ Andrea MANDONICO, *Nazaret nella spiritualità di Charles de Foucauld*, cit., p. 355.

⁵⁷ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 40.

⁵⁸ Cfr. *ibid.*, n. 51.

⁵⁹ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 56.

⁶⁰ Cfr. *ibid.*, n. 72.

además del artesano de Nazaret es el Redentor del mundo, el centro de la creación, el Primogénito del Padre, el Señor de toda criatura⁶¹. Su trabajo, entonces, visto desde esta perspectiva abarcadora y exacta, sin perder nada de lo anterior (trabajo cotidiano corriente, humilde, bien hecho, etc.), queda incluido en una visión más alta y deslumbrante, que san Josemaría sabe que tiene la misión de proclamar. He aquí unas palabras suyas, entre muchas: "Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazaret trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación"⁶².

Hace años, comentando estas palabras, esbozábamos una idea que puede ser reiterada. El trabajo del Verbo encarnado en Nazaret, santificado por razón de quien lo realizaba y por la finalidad con que era realizado, es también por eso mismo santificador. Aquel por quien todo se hizo (cfr. Jn 1,3) y en quien todas las cosas subsisten (cfr. Col 1,17), haciéndose uno de nosotros ha retomado, por así decir, cuanto él mismo quiso dar al hombre en los orígenes, y también, con el trabajo de sus manos, el mundo. "Lo ha redimido junto al hombre con su propia sangre, lo ha remodelado con el molde nuevo de la Cruz y lo ha entregado de nuevo, ya rescatado, al cristiano para que lo edifique, lo santifique, lo reconduzca al Padre"⁶³.

De esta comprensión profunda del trabajo de Jesús de Nazaret, Señor de la creación y Redentor del mundo, nace en san Josemaría una honda intelección del trabajo cotidiano de los cristianos en cuanto realizado *en Cristo*. Pero esta es una materia en la que, para mantenernos fieles a la finalidad de estas páginas, no debemos ahora entrar.

En el comienzo de estas reflexiones incluíamos también las que considerábamos sus conclusiones. Este de ahora es su lugar natural, en el que, después de todo lo dicho, se pueden releer obteniendo una comprensión más completa.

⁶¹ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 105.

⁶² *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 55.

⁶³ La idea está más desarrollada en nuestro artículo: *Identidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado*, cit. (cfr. *supra*, nt. 2), p. 194.